

CONCHI MARTÍNEZ • Fotógrafa



CASTELLANOS Y LEONESES POR DERECHO

Soriana. Fotógrafa. Profesora de Secundaria en un instituto de Barcelona. Ha estudiado en talleres dirigidos por Jacqueline Hassink o Joan Fontcuberta, entre otros. Ha sido **finalista en el International Photography Award Emergentes** del Festival Encuentros da Imagem, en Braga, y ha tenido una beca de Creación Artística otorgada por el MUSAC. Además, ha publicado en revistas como *Elle* o *De viajes*.

«Siempre hay que buscar una mirada distinta»

TEXTO: SERGIO CASQUET
FOTOS: TXEMA SALVANS Y JORDI BERGADÁ

Al menos en apariencia, la fotografía es el arte más accesible. No empiecen a subir el tono, por favor. Lo explicaremos. Digamos que, en líneas generales, es más sencillo hacer *click* con una cámara digital que componer un lied al piano, lo cual explica que, en algún momento de su vida, casi todo español menor de treinta años, además de rodar un corto con sus colegas de la universidad y pasar un fin de semana en Praga con esa pareja a la que conoció en un concierto de Sabina, se apunte a un taller de fotografía. No hay nada de malo en ello. Podría ser muchísimo peor. Hay quien se apunta a estudiar Periodismo, sin ir más lejos. Sin embargo, la fotografía es algo bastante más serio que dedicarse a enfocar como un maniaco el Monasterio de Yuste durante una excursión, como también son mucho más serios el gusto por la buena prosodia o la preparación de *cocktails* perfectos. Entre otras, las obras de titanes tan diferentes entre sí como Ansel Adams, Francesc Catalá-Roca o William Klein nos demuestran que la fotografía, al igual que cualquier otra disciplina artística, requiere no solo de un trabajo técnico descomunal, similar al que el arquitecto lleva a cabo al modificar un modillón o un dintel, sino que, además, necesita de algo inaprensible, a lo que llamamos mirada. Y hay quien la tiene y hay quien no. Bajo cualquier circunstancia, sin el esfuerzo, solo con el talento, no basta, porque, como bien nos dejó dicho Faulkner, con aroma a glicinas, «un artista es una criatura impulsada por demonios»:

Siempre digo que tengo dos trabajos, el de profesora y el de fotógrafa, pero está claro que el que me da de comer de momento es el primero. Por eso tienes que esforzarte tanto e ir siempre a ver si existe la opción de una beca o de un concurso, sabiendo que, sin embargo, tu trabajo no siempre va a ser reconocido.

Y, además, hay mucha competencia.

Que es terrible. La prensa escrita pasa por un mal momento, especialmente la de viajes, que, antes de comprar fotos, tira de archivo. Ahora todo el mundo hace fotografías digitales, por lo

que parece que cualquiera puede hacerlo.

Pero el formato nunca decide de la calidad.

Está clarísimo. No se valora el trabajo que da el laboratorio digital. Es decir, he revelado mucho en analógico, lo que lleva mucho tiempo, pero también lo lleva trabajar una por una las imágenes en digital. Se sobreentiende que el digital debe ser un trabajo técnicamente perfecto.

¿Se abusa de la tecnología?

A veces sí. Por ejemplo, actualmente se usan mucho las imágenes de alto rango dinámico (HDR) para conseguir que tengan muchísima definición, tanto las oscuras como las claras. Pero llega un momento en que, cuando has visto diez reportajes que las han utilizado, resulta horroroso.

¿Vuelves de vez en cuando a lo analógico?

Me monté un laboratorio cerca de casa hace un par de años, aunque lo uso poco. Me sigue gustando hacer técnicas analógicas, como transferencias de imágenes o pintar las fotografías. Tiene algo de artesanía...

La soriana Conchi Martínez comenzó haciendo un curso de fotografía para finalmente quedar atrapada por un arte que, aun asumiendo su voluntad de realismo, no deja de tener algo de espectral, pues tal vez, como escribiera el polaco Andrzej Stasiuk, la luz es lo que más nos reconcilia con la eternidad. Su trabajo, en el que sobresale una mirada propia, se divide, según ella misma asegura, en dos líneas: una documental y otra artística, siempre con el viaje como metáfora de cambio. En el fondo, ambas son la misma, pues en las dos se halla el interés por desglosar la realidad en detalles en apariencia irrelevantes. Ha estudiado en talleres dirigidos por Jacqueline Hassink o Joan Fontcuberta, entre otros. Ha sido finalista en el International Photography Award Emergentes del Festival Encuentros da Imagem, en Braga, y ha tenido una beca de Creación Artística otorgada por el MUSAC. Además, ha publicado en revistas como *Elle* o *De viajes*. Simpática, muy habladora, con uno de esos entusiasmos que la lleva a trabajar duramente, vive actualmente en Barcelona, donde es profesora de matemáticas en un Instituto de Secundaria. Aunque quizá, nos atrevemos a decir, ella viva en el mundo entero:



Me apasiona viajar y siempre elijo destinos en los voy a poder hacer fotografías. Hay gente que, por el trabajo que tiene, se puede permitir ir un mes a Namibia. Así que me muevo cuando puedo. He hecho reportajes en Estados Unidos, Mongolia o Turquía, entre otros sitios del mundo.

¿Viajar ayuda a abrir la mente?

DE CERCA

Una música.

The Clash.

Una película.

Érase una vez en América.

Un fotógrafo.

Chema Madoz.

Un matemático.

Gauss.

Un lugar.

La Ruta 66, en Estados Unidos.

Una virtud.

Perseverancia.

Un defecto.

Ser explosiva

Te sirve para comprender muchas cosas. Todos tenemos el vicio de criticar lo que no entendemos. Nos cuesta aceptarlo. Y cuando viajas, por ejemplo por Asia Menor, te das cuenta en seguida de que andamos un poquito equivocados con muchos de nuestros prejuicios. Nos creemos el centro del mundo. Y eso deberíamos curarlo.

¿Qué es lo que ha cambiado tu mirada?

Recuerdo que en Pakistán, por ejemplo, me sentí como en casa. Esa sensación que tenemos aquí de que allí la gente es hostil no es verdad. Y como mujer me sentí también muy a gusto. Comprendí que hay algunas tradiciones, como el uso del *yihab*, que tienen más que ver con lo cultural que con lo religioso.

¿No era un elemento de sometimiento?

En su origen lo es, qué duda cabe. Pero recuerdo a una chica que estaba estudiando en una universidad de la región y que nos miraba a nosotros con la misma incompreensión. No entendía por qué vestíamos así. Puede que tener prejuicios sea algo consustancial al ser humano.

¿Es difícil evitar el cliché *National Geography*?

Hay que intentarlo. Sobre todo no dejar nunca de hacer la fotografía que te interesa, tratando de no caer en los tópicos. Siempre hay que buscar una mirada distinta. Pero eso es algo que va en cada uno.

Hay también otra tentación: la de embellecer la pobreza, a lo Sebastiao Salgado...

En general, trabajo muy poquito la fotografía de gente, quizá por timidez. Cuando voy a países del llamado Tercer Mundo, me centro en detalles de edificios, de paisajes... Si saco el elemento humano, nunca es en una situación en la que se halle sufriendo.

Por lo que, lo quieras o no, hay una mirada moral.

De hecho, intento que la gente que salga lo haga en una situación más o menos agradable. No concibo sacar provecho al fotografiar a gente que lo está pasando mal. Ahora bien, es distinto cuando es un reportaje de guerra o de denuncia.

Incluso en tus desnudos no hay rostros: solo detalles.

No me siento cómoda haciendo fotografías de personas. Igual que tampoco me gusta cuando me las hacen a mí. En el caso de esas fotografías, me encanta la fragmentación, que no se identifique el modelo.

Quizá tenga que ver con tu interés por las matemáticas, como si fueran los miembros de una ecuación.

Es posible. Las matemáticas siempre me han apasionado. No en vano, estudié la carrera, sabiendo de su dureza, con el objetivo de poder enseñarlas a los de-



► VIAJAR

«Te sirve para comprender muchas cosas. Todos tenemos el vicio de criticar lo que no entendemos. Nos cuesta aceptarlo»

► EDUCACIÓN

«Los alumnos hoy son más indisciplinados, pero hay un contrapunto: son mucho más cercanos que nunca, más espontáneos y cariñosos»

► ESTILO

«Son unas señas de identidad, como el gusto por el color o el interés por la fragmentación. Pero aún me queda mucho por aprender»

► SORIA

«La ciudad se ha quedado fijada en el pasado. Todo está, de alguna manera, muy similar a cuando era pequeña»

más. Y hoy soy profesora en un instituto.

No es una asignatura sencilla de enseñar.

Porque suponen un pequeño esfuerzo. Eso hace que el alumnado te coja manía en seguida. Y también es cierto que uno se hace más receptivo y más interesado por las cosas a medida que pasan los años. A su vez eso explica que a los jóvenes les interese menos.

Si es que les interesa algo...

En matemáticas se cuestiona siempre la utilidad que tiene lo que estamos haciendo. El nivel de secundaria, por ejemplo, es tan bajito que muchas veces ellos no le ven la aplicación posterior. Puedo hasta comprenderlo.

En este sentido, se escucha frecuentemente que la enseñanza ha ido a peor.

Y es así. Está muy bien que todo el mundo esté escolarizado, pero hoy tienes una parte del alumnado que antes dejaba de es-

tudiar a los catorce años y ahora debe seguir hasta los 16.

Por lo que su motivación es mínima.

Exacto. Y, por otro lado, la manera de trabajar, con toda la digitalización, resulta un agobio. Creo que nuestras condiciones de trabajo también han ido a peor.

También se dice que ya no hay disciplina.

Los alumnos hoy son más indisciplinados, pero hay un contrapunto: son mucho más cercanos que nunca, más espontáneos y cariñosos. Y además no hay que confundir crear la disciplina con infundir el miedo.

¿A tus alumnos les dices que viajen?

Por supuesto. Ahora doy clases en un instituto que está en una zona en la que convergen gentes de muchas partes del mundo. Y hay una buena integración. Los más jóvenes se relacionan mucho mejor que los mayores. Ellos ya han comprendido este mundo.

Volvemos a los prejuicios...

Hay cuatro que hacen mucho ruido. Pero no es la mayoría. Comprendo que haya zonas donde pueda haber problemas de integración. Y es verdad que, en una época de crisis como ésta, hay más tentaciones de buscar chivos expiatorios.

¿Cuándo comienzas con la fotografía?

Me gustaba desde que era una niña. Pero la primera reflexión la tuve en el 96, cuando me casé. Fue un regalo de bodas. Al principio la utilizaba como un viajero más. Poco a poco, comencé a interesarme por la fotografía, al principio solo para ocupar el tiempo libre. Y ha acabado siendo una pasión.

Que no has parado de renovar...

Hasta el punto de que reduje mi jornada laboral como profesora, porque era completamente imposible poder compaginar las dos cosas. Sobre todo si pretendía tomarme tan en serio la fotografía como lo hago.

Tienes dos líneas estilísticas...

Una documental y otra de autor. La primera va ligada a otra de mis pasiones, de la que hablábamos antes: los viajes. La segunda, de momento, me supone un esfuerzo mental y creativo mucho mayor, pues tengo que pensar la foto. En el caso de los viajes podría decirse que, en cambio, me la encuentro.

Sin embargo, me da que ambas líneas son la misma.

A eso te lleva tu propia evolución como fotógrafo. Son unas señas de identidad, como el gusto por el color o el interés por la fragmentación, que acaban configurando tu estilo. Pero aún me queda mucho por aprender, afortunadamente.

Has tenido varios reconocimientos...

Me hizo mucha ilusión la beca del MUSAC por un trabajo que luego expuse en Soria. Era un trabajo llamado Interiores y en el que trabajaba el retrato. Pero no salían personas, sino lo que guardaban en los cajones de su casa. Lo expuse en Medinaceli y en el Palacio de la Audiencia.

También en Portugal has sido reconocida.

Con el mismo trabajo, curiosamente. Había una serie de exposiciones por la ciudad, en Braga, y los críticos hicieron una selección de los trabajos que les gustaron más. Todo esto es muy bueno para mí. Ahora también voy a editar un libro, por mi cuenta.

¿Te sientes más fotógrafa o profesora?

Hasta hace muy poco me podía el tema de las clases, porque me daba la sensación de que la gente no me tomaba muy en serio como fotógrafa. Pero eso ha cambiado. Como mínimo, me siento las dos cosas a la vez, en igualdad.

¿Tu marido es tu mejor crítico?

También es matemático, nos conocimos durante la carrera. Me ayuda mucho y es un gran editor de fotografías. Tengo un buen apoyo en él, pues es una persona que es muy sincera en sus comentarios. Y eso siempre es necesario para coger la distancia adecuada.

¿Tienes hijos?

No, porque, si fuese así, no tendría tiempo de dedicarme a la fotografía. Es una decisión que tomamos ya hace tiempo y estamos contentos con ella. Si no, sería imposible poder hacer tantas cosas como hago.

Vivís en Cataluña...

Me vine a Barcelona con un año. Los recuerdos de Soria que tengo son, más que nada, de mis vacaciones, por lo que son los mejores recuerdos. Allí tengo muchos amigos y familia, por lo que vuelvo con frecuencia.

¿Por qué salisteis de Castilla y León?

Mi madre tenía una hermana que ya se había trasladado con sus hijos, pues era una enamorada de Barcelona. Y de cara a que los tres hermanos pudiéramos estudiar en la universidad también nos fuimos. Como mi padre era funcionario, pidió el traslado.

¿Nunca has pensado en volver a Soria?

Cuando estaba estudiando, me lo planteé, pero al conocer a mi marido ya decidí quedarme en Barcelona. Y no me arrepiento. Me siento tan soriana como catalana. En los dos sitios estoy muy bien... Pero también estoy muy a gusto en Vietnam...

¿Cómo ves a Soria hoy?

La ciudad se ha quedado fijada en el pasado. Todo está, de alguna manera, bastante similar a cuando era pequeña. Tengo amigos que están muy contentos con ello, pero hay otros que se quejan un poco de las escasas posibilidades de trabajo allí. O de la casi inexistente vida cultural...

También has fotografiado tu provincia.

Tengo dos trabajos allí. Uno es sobre la ribera del Duero en las cercanías de Soria, en su parte más machadiana. Es un río que me trae tantos recuerdos de mi infancia... Y el otro es sobre Valonsadero, sobre el campo, que ha sido también muy importante para mí.

¿Existe una forma de ser castellano y leonesa?

Es curioso, porque en Soria soy de Barcelona y en Barcelona soy de Soria. Probablemente mi carácter se haya formado a lo largo de los años en los dos lugares, así que supongo que soy una buena mezcla de ambos.

¿Y qué tienes de cada uno de ellos?

De la parte soriana tengo mucha vitalidad, el ser muy amiga de la juerga. En cambio, la faceta más cuadrículada, más reflexiva, me viene de lo catalán. No suena mal, ¿verdad?

Hay ocasiones en que la vocación tarda en desarrollarse. Pero no hay prisa. Si existe trabajo por detrás, ganas de seguir hacia delante sin que importe el viento que haga, siempre surge. No falla. Conchi Martínez ha logrado que la fotografía, ese arte en el que Weegee dio dignidad de dioses caídos a los habitantes de Nueva York y Gabriel Cualladó comprendió que cualquier espacio es un símbolo de nuestra memoria, se convierte en algo más que una pasión. Ya es parte de su vida. Los demonios suelen ser así de celosos